

## “TODAS MIS FUENTES ESTÁN EN TI, SEÑOR”

Así termina el salmo 86 y así comenzamos nosotros nuestros ejercicios esta noche. **“Todas mis fuentes están en ti”**. Hay afirmaciones que nos sobrepasan, afirmaciones que son más grandes que nosotros. Como que nuestra experiencia no da para decir tanto, que realmente nos gustaría vivirlas a tope (porque las intuimos llenas de vida y de luminosidad), pero que, si miramos con honradez nuestra vida y nuestro corazón, solamente podemos decirlas a medias. Y quizá esta confesión es una de esas afirmaciones que nos gustaría pronunciar a pleno pulmón pero de la que todavía nos sentimos lejos. **“Todas mis fuentes están en ti”**.

Uno tiende a pensar que tampoco el que escribió este salmo vivió, esto que ahora confiesa, desde el principio, del todo y a la primera. Seguramente que **detrás** de su afirmación y de esta experiencia hay **toda una historia** en la que no siempre todas las fuentes de su vida estuvieron tan concentradas con el tú de Dios

Y es que hay un tiempo en el que podemos **vivir de nuestras propias fuentes**. No lo decimos porque resultaría pretencioso pero, sin decirlo, lo que vivimos un poco es que **“todas mis fuentes están en mí”**. Incluso aunque nuestro discurso sea religioso. Todas mis fuentes están en mis capacidades, en mis saberes, en mis ideales. Todas mis fuentes están en mi desarrollo personal o en mi éxito profesional, en mi generosidad, en el reconocimiento de los otros, en que me quieran, en tener una rica espiritualidad, o en mi entrega, incluso. Y aquí cada uno podemos poner apellido a las fuentes que han alimentado y quizá todavía siguen alimentando nuestra vida. A veces ocurre que ni nosotros mismos somos del todo conscientes de las verdaderas fuentes de las que bebe nuestra vida real y cotidiana. ¿Qué alimenta mi vida? ¿de dónde bebo? ¿Cuáles son mis fuentes?

Y no es que todas esas fuentes nuestras sean malas o perversas. No, en el mejor de los casos, es que son insuficientes y, en otros casos, fácilmente corruptibles. Pero sobre todo es que están ocupando un sitio, **un lugar que no les corresponde**. Un sitio, que ahora lo sabemos, sólo Dios puede ocupar, sólo Dios puede llenar.

Algunos de nosotros hemos podido experimentar cómo esas fuentes propias se han ido desplazando de un lugar a otro o sencillamente se han ido secando. Cómo lo que en un momento nos estimulaba y nos saciaba, ahora ya no es capaz de calmar nuestra sed. Algunas de esas fuentes se nos han revelado totalmente engañosas, tramposas, aunque en su momento nos resultasen estimulantes y satisfactorias. Hay circunstancias en la vida que nos obligan a abandonar nuestras fuentes habituales porque se han secado y esto nos empuja a buscar aguas arriba manantiales menos contaminados.

Quizá por eso son tan importantes nuestras experiencias de aridez, de sequedad, de insatisfacción, incluso **las crisis** que nos zarandean y nos dejan sin suelo bajo los pies. Porque **nos obligan a buscar fuentes más verdaderas**, más consistentes, más limpias y transparentes. Porque, si no fuera por ellas, por esas crisis, quizá nos quedaríamos estancados en lo que en realidad eran fuentes provisionales, transitorias, de paso.

Hasta que llega un momento en el que intuimos que hay un tipo de sed que sólo el Señor puede saciar. Con las otras formas de sed podemos ir tirando pero, si tenemos la suerte de conectar con **nuestra sed más profunda**, entonces entenderemos eso que dijo san Agustín: **“Nos hiciste Señor para ti y no descansaremos hasta encontrarte a ti”**. O lo de san Ignacio: **“El hombre ha sido creado para Dios”**.

Cada uno de nosotros venimos a estos ejercicios con **nuestra propia sed** y con **nuestras propias fuentes de satisfacción**. Algunos venimos con sed de **descanso** (físico, mental y vital), con sed de una **presencia** real de Dios en nuestras vidas, con sed de un **amor** que nos llene por dentro, con sed de **acertar** en la vida o de aclararnos en tal o cual cosa. Otros, con el deseo de **reencontrarnos** con quien un día descubrimos que iba a ser ya para siempre la única fuente de nuestra vida, a pesar de nuestras distracciones y nuestro pecado. Y venimos con muchas ganas de beber de un agua que ya hemos gustado. O quizá algunos acudimos **sin** expectativas demasiado concretas.

No importa el tipo de sed que nos haya traído hasta aquí. Importa el que ojalá estos días nos encontremos con dos sorpresas, a cual más alucinante:

1.- La primera es confirmar que realmente **existe esa fuente capaz de saciar** ¡al fin! Que existe y que se puede acceder a ella. Que podemos llegar a ella o mejor que ella está llegando a nosotros. Una fuente en nosotros o en el mundo que siempre experimentaremos como un auténtico regalo. Alguien la puso ahí, en lo más profundo de nuestro corazón y en lo más hondo de la realidad. Nunca la merecimos, pero siempre la agradeceremos de corazón.

Una fuente capaz de **sanar** nuestras heridas, de **limpiar** y **lavar** lo sucio que hay en nosotros, capaz de **saciar** nuestra sed, de **refrescarnos** y **hacer fiesta** con ella, de **descansar** profundamente a su lado, de **generar energía** dentro de nosotros, de **volver a ponernos en camino**. Y todo ello sin quitarnos una gota de realismo, de responsabilidad o de complejidad.

Durante estos días nos vamos a acercar a la fuente de nuestra confianza probada, de nuestro agradecimiento humilde, de nuestra esperanza terca, de nuestras pequeñas entregas. Ojala nos encontremos con la fuente de nuestras alegrías, de nuestro consuelo, de nuestras fuerzas (a veces precarias y justitas), de nuestro amor muchas veces torpe y disperso, de nuestra paz casi siempre amenazada, de nuestro sosiego alterado o de nuestra inquietud.

Ojalá podamos decirle directamente al Señor: **“Tú eres la fuente de mi disfrute, de mi felicidad, de mi aliento. Eres la fuente de mis pensamientos, de mis afectos y de mis decisiones. Eres la fuente de mi perdón y de mis perdones. Pero también: “Tú eres la fuente de mis desconciertos, de mis complicaciones, de mis incertidumbres, de mis agobios incluso. Porque Tú eres una fuente viva”**.

Ojala se nos estremezca el corazón al confesar humildemente: **“Es que, Señor, todas mis fuentes están en Ti”**. **Aunque yo lo viva torpemente y a medias**. ¡Qué suerte que mi vida tenga semejante fuente cuando te tiene a ti! ¡Qué regalo tan inmerecido! ¡Qué deseo de que tu amor no se pierda, no se desparrame, que no vierta inútilmente sobre mi vida o sobre el mundo!

**Aunque yo no lo viva** o lo viva muy a medias... ¡qué suerte que haya habido y siga habiendo personas que vivan de esta fuente enteramente, sin que se filtre o se pierda apenas agua de tan precioso manantial! La primera de ellas María, aquí bajo la advocación de la virgen de Bolen. A ella nos acogemos, queremos que ella nos cubra con el manto de su propia experiencia y de su mediación.

Como diría a santa Teresa “Sólo este Tú basta”.

Ojala **se nos ensanche el cántaro de nuestro corazón** para albergar un poco más de ese amor que siempre será desbordante, gratuito y desmesurado. Ojala aprendamos a vivir un poco más de ese exceso de Dios. Porque los primeros que saldremos beneficiados seremos, por supuesto nosotros, pero también esa realidad que hemos dejado y a la que volveremos dentro de una semana o en septiembre.

2.- Y la segunda sorpresa, muy pegada a la anterior. Decimos que cada uno de nosotros venimos aquí a Nanclares con nuestra situación vital concreta (la que sea), con nuestras circunstancias y con nuestra sed particular. Y la sorpresa mayúscula –digo- es encontrarnos con la sed que Dios tiene. Dios también tiene sed, tiene sed de nosotros. **¡Tiene sed de cada uno de nosotros!** Y va a hacer lo indecible por calmar esa sed. Tiene sed de ser para nosotros manantial de Gracia, de perdón, de su vida eterna, de horizonte, de amor concreto. Dios va a salir a buscarnos durante estos días. Unas veces suavemente otras veces de golpe. Nunca somos indiferentes para Dios. Ojalá estos días nos dejemos encontrar por Él.

Ojala ese deseo de Dios no encuentre nuestro corazón atrincherado, lleno de resistencias o de excusas. Ojalá encuentre más bien nuestra docilidad liberadora, nuestra receptividad y nuestro asombro, nuestra confianza y nuestro humilde consentimiento. Aunque nuestra vida siga siendo tan pequeña como siempre. Porque **el don de Dios no depende** afortunadamente ni de nuestra altura moral, ni de nuestra coherencia ni de nuestros méritos.

Por eso, desde esta noche y durante toda la semana nuestro mantra va a ser: “Señor **dame de esa agua**, dame de beber. Señor, todas mis fuentes están en Ti”. Lo decimos porque lo vivimos, lo decimos para vivirlo. Ojala que nuestras ganas de encontrarnos con el Señor se topen con la sorpresa de que **Él tiene todavía más ganas** de encontrarse con nosotros. Estos días... y siempre.